

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

LA BIBLIOGRAFIA CHILENA Y D. RAMÓN BRISEÑO

ELOGIO

A ningún chileno medianamente versado en los estudios de la erudición bibliográfica nacional, es preciso enseñarle que la fuente de ellos se resume en la obra intitulada *Estadística Bibliográfica de la Literatura Chilena*, libro de vastas proporciones, caprichoso si se quiere en su método y ejecución y no circunscrito a los cánones elementales que hoy exige imperiosamente la ciencia bibliográfica. Así y todo, no es posible prescindir de él, dentro del período que abraza, para iniciar cualquier ensayo serio de erudición, y habrá de ser siempre, mal que pese a sus detractores, generalmente acostumbrados a beber en esta *alma mater* sus informaciones, guía y orientador de primera mano, especie de hilo de Ariadna para resolver y ampliar los puntos oscuros y dudosos de nuestra literatura. El primer tomo apareció en 1862 y el segundo diez y siete años más tarde, es decir, en 1879. La idea de llevar a cabo una publicación de esta naturaleza que contuviera la descripción exacta de los impresos nacionales dados a luz por las prensas del país, fué concebida por don Andrés Bello en los últimos años de su benemérito rectorado de la Universidad de Chile. El ilustre caraqueño, familiarizado durante su larga y fructuosa estancia en la capital londinense con los trabajos de la alta cultura literaria y erudita, encontrábase, acaso mejor que ningún otro chileno de entonces, capacitado para comprender y valorar el significado del inventario bibliográfico de la literatura chilena. El mismo título de la obra, que a muchos ha parecido excesivo y pretencioso, echa de ver el influjo de Bello. La palabra literatura empleada por Briseño, que parece redu-

cir al alcace de la investigación a los géneros establecidos por la preceptiva, empléase aquí en su más amplia acepción, conforme el significado alemán, es decir, en ella se envuelve toda manifestación escrita del pensamiento, desde la forma más noble y pura hasta la más vil y grosera. En cambio, el término estadística usado por el autor en la obra nos revela la mano metódica de Briseño: su afán de agrupar y clasificar las cosas y los hombres, su espíritu acucioso y sistemático. Pues de estadística un inventario bibliográfico no tiene, en el fondo, más parecido que las formas externas de la descripción del libro en los guarismos que revelan el tamaño, el número de páginas y otros accidentes peculiares.

Al no haber partido de Bello el proyecto y el propósito de una empresa de tal magnitud, ésta, seguramente, jamás se habría realizado. Pero su alta autoridad moral e intelectual en los consejos universitarios y su personal ascendiente sobre los miembros docentes y académicos de la Universidad, hombres todos cultos, sin duda, pero sin competencia para justipreciar en sus cabales quilates una tarea como la propuesta por aquel sabio Rector, permitió que no se malograra el logro de un pensamiento que, hecho realidad más tarde, es un monumento de la cultura chilena. Por lo demás, el proyecto de Bello hubo de contar desde el primer momento con el apoyo de dos hombres que vivían enraizados con los estudios de la erudición: Amunátegui y Barros Arana. El primero no fué nunca bibliógrafo en el estricto sentido de la palabra, no obstante sus vastos conocimientos en la materia ni nunca hizo profesión ni alarde de tal. Su sapiencia erudita, fuerte y sólida, quedó vaciada en sus libros y en sus artículos, bajo formas de estudios literarios y críticos y aun de carácter biográfico. El segundo era la suma del bibliógrafo. La construcción historiográfica de Barros Arana está cimentada en la bibliografía, porque hacia ella sentía irresistible inclinación. Algunos de sus trabajos son modelos en el género, como sus *Notas bibliográficas sobre algunas obras anónimas y pseudónimas sobre la geografía e historia americanas*. El historiador chileno no sólo cultivó la bibliografía como ciencia exclusiva del libro. Fué más allá. Estudió la técnica de las bibliotecas, sus medios de catalogación y clasificación. Llegando así a obtener una competencia en asuntos de biblioteconomía que difícilmente alcanzó otro chileno en su tiempo.

La empresa concebida por Bello y que el Consejo Universitario hizo suya, era de las más vastas proporciones y por cierto que requería para llevarla a feliz término un hombre de excepcionales condiciones. Ese hombre lo encontró Amunáte-

gui, y se llamaba don Ramón Briseño. Hoy la imagen de este patriarca de los estudios bibliográficos chilenos, es desconocida y nos parece injustamente olvidada. Aunque nosotros distamos mucho de pertenecer a su escuela espiritual y religiosa, no por eso la pasión liberal nos hacen menospreciar su venerable figura. Briseño pertenece en cuerpo y alma, así por la formación espiritual como por sus costumbres sociales, al ciclo de la colonia, aunque viniera al mundo en los momentos más trágicos y tremendos de la construcción de nuestra nacionalidad independiente, en 1814. Católico ferviente, hombre de purísimas costumbres, de gran discreción y extraordinaria prudencia, ordenado hasta llegar a hacer de esta cualidad tan esencial una irritante preocupación, pasó su vida en el estudio y en el ejercicio de las más austeras virtudes de la caridad cristiana. Habíase educado en el Instituto Nacional y los vientos enconados y pertinaces del liberalismo, nunca llegaron a conmover los sólidos cimientos de su maciza fe. Después se hizo abogado y más tarde profesor. Cuando aun no concluía los estudios jurídicos y forenses, ya se encontraba iniciado en las tareas del magisterio. Era profesor de filosofía, derecho natural y de gentes, de derecho universal y derecho romano y español, de derecho canónico y literatura y algunos cursos de humanidades en el colegio particular del presbítero, don Juan de Dios Romo. Allí se acostumbró al férreo método intelectual que había de desplegar en todas sus obras, método o sistema que ha desnaturalizado, hasta cierto punto, la calidad de algunos de los que debieron ser sus mejores trabajos eruditos. En el Instituto Nacional enseñó filosofía; pero filosofía todavía muy teñida de escolasticismo, demasiado apegada a las viejas tradiciones coloniales, es decir, sin salirse, ni mucho ni poco, del peripato. No era un espíritu independiente ni tenía la imaginación ni el vuelo que necesita el poder de la crítica para levantarse sobre las construcciones ya afirmadas y consagradas por los siglos. Veía las cosas en filosofía, de acuerdo con la teología y teodicea. Kant, a quien tanto se asemeja en la identidad de costumbres, en el rigorismo del método y hasta en lo avanzado y robusto de la edad que ambos alcanzaron, debía parecerle audaz, revolucionario, y por lo tanto como un valor sin permanencia en la especulación de las ideas. Gran amante de su cátedra y cuidadoso de su reputación de maestro, escribió un curso de filosofía moderna y otro de derecho natural que le dieron fama de docto y entendido en la materia, en un ambiente intelectual y moral donde el promedio de la cultura de las gentes era sencillamente deplorable. Bello, con esa benevolencia

alentadora que le caracterizaba, comentó con entusiasmo en los *Opúsculos Críticos* este esfuerzo del joven principiante que se iniciaba en las tareas de la enseñanza oficial, y la opinión de un humanista de la talla del caraqueño, que opinaba en asuntos de su personal sapiencia, era, sin duda, ya una consagración.

Las tareas de la docencia, el amor a la juventud, el sacrificio de enseñar con espíritu abierto y desinteresado, el afán de esparcir la ciencia para llegar a consagrar la verdad, que es la mejor forma de la sabiduría, alcanzaron en Briseño virtudes de apostolado. Con esa prolijidad suya que todo lo reducía a cifras estadísticas y guarismos, dejó establecido, al iniciar su jubilación de profesor en 1871, que por su cátedra habían cruzado dos mil discípulos, vanagloriándose, con justísima razón, de haber sido maestro de cuanto hombre ilustre produjo la república.

Si interesante y atractiva por más de un título resulta la figura patriarcal y mansa de Briseño como maestro y como educador de casi tres generaciones, no es menos digna de aprecio su obra en el seno de una facultad universitaria. Era el tipo del secretario, y en realidad lo fué por espacio de largos años de la de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Desde 1846 perteneció a ella, y al incorporarse como miembro docente el tema de su discurso versó sobre una materia que hasta ahora nos preocupa. Se intitula: *La Educación de la juventud es el primero y más poderoso elemento de la felicidad de los pueblos*. La ideología de esta oración está en consonancia con las ideas de la época. Un poco dominado por lo que podríamos llamar el eco del enciclopedismo en los primeros comienzos del siglo XIX, la felicidad que se buscaba para la juventud y para el pueblo, era una educación puramente académica basada en los buenos estudios humanísticos. ¡Lastima grande que Briseño no comprendiera que las formas de la educación, para levantar la grandeza de los pueblos, no sólo residen en cierto humanismo que mira con desprecio y desdén el valor de otras formas de la enseñanza, tales como la industrial, manual y comercial, etc.! Pero esas eran las ideas de la época y fuera injusto exigirle a hombres que todavía cargaban con el peso de las tradiciones coloniales, doctrinas que el tiempo ha revelado más hacederas para mitigar las desgracias de la humanidad y elevar la felicidad de los pueblos.

Afortunadamente para la Universidad y los estudiosos, Briseño no teorizó nuevamente sobre asuntos que no se avenían con su temperamento. Es cosa distinta enseñar filosofía y

ser filósofo, ensayista o tratadista, para dilucidar cuestiones en que no sólo se necesita vastísima cultura, sino también sólido y claro entendimiento, ayudado de una imaginación capaz de abarcar de conjunto las ideas que escapan al vulgo. Por eso es más notoria su labor en esfera más modesta. Durante veintidós años, desde 1858 hasta 1886, Briseño dirigió los *Anales de la Universidad de Chile*. Hay que hablar con respeto de una publicación como ésta, la más antigua revista literaria y científica del país, en la cual como en un inmenso y colosal archivo clasificado y ordenado, se encuentra toda nuestra literatura científica, que no es poca y que felizmente no es ni con mucho despreciable. Bueno será añadir, por otra parte, que a él se debe, por último, el primer *índice general* de esta verdadera enciclopedia de las ciencias que abarca desde 1843 hasta 1855 inclusive. Y también, porque en su tiempo gozó de ilimitada fama y fué base orientadora de buena práctica administrativa, conviene recordar, aunque no más que sea para citarlo, su codificación de las disposiciones legales concernientes a esa institución: los *Estatutos de la Universidad de Chile*, publicados en 1866.

No puede olvidarse en una semblanza de Briseño, por rapidísima que ésta sea, una obra suya, cuyo valor es permanente. Ya se habrá echado de ver que hablamos de la *Memoria histórico-crítica del derecho público chileno desde 1810 hasta nuestros días*, aparecida en 1849. Su valor no reside ciertamente en las excelencias de la forma y del concepto de la materia tratada, que no es otra cosa que una exposición ordenada de los ensayos constitucionales realizados en Chile desde 1811 hasta 1833, asunto que posteriormente ha sido estudiado a la luz de investigación más sana y más feliz y también con un caudal de doctrina más sólido y científico por Lastarria, Carrasco Albano, Huneeus, Letelier y Galdames, en el aspecto jurídico y Barros Arana y Roldán en el histórico. Pero este libro de Briseño, del cual aun puede extraerse uno que otro dato precioso, tiene una importancia puramente documental que no lo ha hecho envejecer no obstante su remota edad. Ese valor reside en el apéndice que contiene todos los textos de nuestras constituciones, desde el *Proyecto de una declaración de los derechos del pueblo de Chile*, su fecha 1810, hasta el texto primitivo de la *Constitución de 1833*, promulgada el 15 de Mayo de ese año. En total, quince constituciones que hoy no es fácil obtener en otro cuerpo tan bien dispuesto y ordenado.

Aquí, antes de hablar de la labor bibliográfica propiamente tal de Briseño, debe colocarse otro libro suyo publicado en

1889 cuando su autor había ya cumplido los setenta y cinco años de su edad y que por su naturaleza un tanto farragosa y de muchísima difícil lectura, debe considerársele de carácter meramente erudito, de erudición fría, pacientísima, si bien sabia y ocasionada a dilucidar en un momento dado cualquier género de consultas sobre nuestro pasado. Hoy todavía, en efecto, goza de alguna estimación el *Repertorio de antigüedades chilenas*. En él se detallan infinidad de datos sobre literatura, ciencias, artes, agricultura, historia, biografía, exploraciones geográficas, etc., etc., que la paciencia de Briseño fué acumulando en el curso de sus lecturas y de sus investigaciones y que en ese año dió a la estampa en un volumen en folio a dos columnas y con más de quinientas páginas ordenadas conforme un plan bastante certero y práctico. Esta clase de libros es ahora mirada con desconfianza por la insuficiencia intelectual que revelan. El dato, sin duda, muy útil para esclarecer un punto de alta investigación, deja de su autor una impresión penosa como expresión de vigor creador y de lucidez mental. En su tiempo, sin embargo, fué saludado como la coronación de una carrera literaria y como un gran éxito del autor. Sólo la seriedad de Briseño, aun tenida en cuenta lo avanzado de la edad en que acometía una empresa semejante y su probada e insospechable honradez, ha podido mantener el crédito de una obra de esta especie.

Fuerza es volver al asunto que motiva este estudio. La gloria de Briseño, (1) su mejor timbre de honor, la obra que ha concluído haciéndolo célebre en el recuerdo de los hombres de letras, en el ambiente de las bibliotecas y en el reducido mundo de los eruditos, reside exclusivamente en la *Estadística bibliográfica de la literatura chilena*. Si son respetables y dignos de consideración sus merecimientos como profesor y maestro, si

(1) En el rápido recuerdo de su vida y de su obra que acabamos de hacer, que algún día hemos de ampliar, omitimos varias otras de sus publicaciones eruditas en beneficio de la concisión. Ellas son las siguientes:

- *Efemérides o fastos chilenos*. 1861.
- *Noticias históricas y orgánico-estadísticas de la Biblioteca Nacional*. 1875.
- *Proyecto de Reglamento de la Biblioteca Nacional de Chile para cuando haya sido trasladada al nuevo local que ahora se está preparando*. 1883.
- *Estudios cronológicos históricos sobre Chile*. 1884.
- *Catálogo bibliográfico razonado de las publicaciones de don Miguel Luis Amunátegui*. 1890.
- *Efemérides concernientes al descubrimiento de América, Cristóbal Colón, con notas explicativas sobre cada una de ella*. 1893.
- *Fastos de la América en general y de Chile en particular*. 1900.

No caben aquí las enumeraciones de sus textos de estudios ni sus publicaciones de carácter religioso.

deben alabarse las prendas morales del funcionario público, -es decir, del oficial mayor del Ministerio del Interior y del secretario de una facultad universitaria, todo eso es poco ante el magno esfuerzo, casi gigantesco puede decirse con propiedad, para inventariar, una a una, la producción de la imprenta en Chile en el considerable espacio de sesenta y cuatro años. En rigor, esta gloria de Briseño que sólo Medina ha superado al tomar como campos de sus averiguaciones un continente entero, va unida a su estancia en la Biblioteca Nacional de la que fuera conservador por espacio de muchísimos años, organizador de ella, creador de importantísimos servicios y modelo de empleado. Aun no se había incorporado a este establecimiento, cuando lleno de entereza y de fe, en 1859, daba los primeros pasos para iniciar su grande obra. Pero no puede negarse que ella misma le preparó el camino y lo impuso como el hombre ideal para regentar un instituto en el que precisamente lo que faltaba era una cabeza que conociera positivamente las vicisitudes porque había pasado la bibliografía chilena. Su designación como Conservador o Director de la Biblioteca es posterior en dos años al aparecimiento del primer tomo de la *Estadística* y el segundo lo encontró ya en ese cargo cuando su experiencia en la técnica bibliográfica se había acrecentado por todo extremo. Por otra parte, por lo que se refiere al orden cronológico, Briseño lleva la prioridad a todos los bibliógrafos chilenos, y como tal debe considerársele fundador de la bibliografía chilena. Este título podría discutírsele si se considera que en 1857 los hermanos Amunátegui habían intentado para una publicación oficial la confección de un catálogo de los impresos chilenos. Mas la importancia de él no es tanta, ya que se trata de una simple enumeración plagada de groseros errores, sin ajuste alguno a la más elementales reglas de la descripción bibliográfica, ni sus autores después volverían a consagrarse a empeños semejantes, prefiriendo lastareas literarias, de la crítica o la historia.

Un hombre con gusto más depurado que Briseño, con más espíritu crítico, un verdadero expurgador del valor de los textos descritos, habría procedido con más restricciones y miramientos al valor literario y científico de éstos y, sin duda, el afán de selección hubiera prevalecido. Por lo mismo que Briseño no era eso ni lo otro; por lo mismo que acumula y describe todo género de impreso, muchas veces nimio y pueril; por lo mismo que su afán consiste en no dejar un volante una cuartilla de papel impreso sin catalogar, su obra, con todos sus defectos grandes o chicos, es piedra angular, definitiva, de

los trabajos de erudición y fuente de primera mano. Un juez muy competente le ha encontrado errores considerables. ¡Lástima que ese juez, don Luis Montt, hubiera bebido en la *Estadística* sus primeras informaciones y la materia de su estudio fuera la misma expurgada por Briseño, es decir, los orígenes de la imprenta en Chile, sus primeras producciones desde sus más remotos antecedentes hasta su posterior desarrollo después de 1812! Racional es encontrarle otros defectos en la concepción del plan y en las averiguaciones de nombres de autores. Decir, como se ha repetido hasta el cansancio, que el autor desfigura los títulos de los impresos no es ser honrado, puesto que el bibliógrafo nos lo advierte en la introducción del libro cuando esto ha ocurrido y por qué ha ocurrido. «Y como si la abreviación de los títulos no desfigurase lo suficiente la fisonomía del impreso—escribe Montt—añadió todavía el descomponerlos en fragmentos, que colocó, a manera de factura de comercio, en columnas paralelas, destinando una al título propiamente tal, otra al año de la impresión, otra al nombre de la imprenta; anatomía que ha convertido no pocas de sus anotaciones casi en un geroglífico». Puede ser; habituados nosotros al manejo de este libro por razones del oficio, no hemos encontrado tales defectos. En cambio, somos los primeros en reconocer que el plan de la obra es soberbiamente malo y que no siempre Briseño atina con la paternidad de los autores, materia en la que comete desatinos vulgares y prosaicos.

Un año y medio demoró Briseño en terminar el tomo primero de la *Estadística*, que comprende desde 1812 hasta 1859 y en el segundo empleó tres, desde 1876 hasta 1878. El libro para su tiempo tenía una novedad, si bien la misma obra era ya de sí novedosa. El autor en una segunda y tercera parte cuidó de agrupar los libros escritos sobre el país en un «catálogo—así se intitula—de las obras y documentos que, más o menos, directa e indirectamente—tratan de Chile, sea que se hayan publicado en el extranjero o que se mantengan inéditos.» En la última sección describe las obras de los escritores chilenos que se han publicado en el extranjero o que no se han impreso. Además, en la parte de los impresos chilenos, Briseño, con rara prolijidad, formó al mismo tiempo, el inventario de las publicaciones periódicas nacionales de 1812 hasta 1876 inclusive. Debe comprenderse que estos inventarios o catálogos, como algunos de los que aparecen en el tomo segundo, ya no son sino esfuerzos respetables y valiosos para sus días, pero sin valor alguno para hoy en que una investigación más certera los ha rehecho completamente. Sin embargo, todavía tiene novedad

el de los escritores extranjeros sobre Chile, que puede servir de base para una disquisición bibliográfica del más ardiente interés. Sea de ello lo que fuere, Briseño tenía razón sobrada al juzgar su pujante esfuerzo con estas palabras: *¡he aquí un monumento de heroica paciencia!* —GUILLELMO FELIÚ CRUZ.

UN PLAGIO

(Plagiario: el autor de *La rencontre de Cervantès et du Quichotte*.
Víctima: Miguel S. Oliver).

HACE unos cuatro años, tuve que estudiar algo la vida y la obra de Cervantes.

Todavía no habían aparecido, ni el libro de Paul Hazard (*Don Quichotte de Cervantès, étude et analyse*, París, 1931), ni el de Henry Lyonnet (*Cervantès*, París, 1930), ni el folleto de J. García Mercadal (*Cervantès*, Madrid, 1930), ni, por lo menos la edición castellana, del de Joseph Bickermann (*Don Quijote y Fausto*, traducción del P. Félix García, agustino, Araluce, Barcelona, 1932).

Tampoco conocía entonces la obra, fundamental, de Francisco Navarro Ledesma (*El ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, 1905) ni la *Vida de D. Quijote y Sancho*, de don Miguel de Unamuno (Madrid, 1905).

Pero, en cambio, me sirvieron mucho los ensayos en simpatía sobre *El Quijote, don Juan y la Celestina*, por Ramiro de Maeztu (Madrid, 1926); la *Guía del lector del Quijote*, por Salvador de Madariaga (Madrid, 1926); el folleto de don R. Menéndez Pidal *Un aspecto en la elaboración del «Quijote»* (Madrid, 1924); *El pensamiento de Cervantes*, de Américo Castro (Madrid, 1925); el *Cervantes* de P. Savy-López (traducción española de Antonio G. Solalinde, Madrid, 1917); el tomo III de la *Historia de la lengua y literatura castellana*, de Julio Cejador; la tesis del P. David Rubio, agustino, *¿Hay una filosofía en el Quijote?* (Instituto de las Españas, Nueva York, 1924); la fantasía de Han Ryner (*L'ingénieux hidalgo Miguel Cervantès*, París, 1926); las *Meditaciones del Quijote*, de J. Ortega y Gasset (Madrid, tercera edición, 1922); la *Biografía de Cervantes*, de F. Pinochet-Lebrun (seg. edición, Santiago, 1925); las 36 páginas consagradas a Cervantes en la *Historia de la Literatura española*, de J. Hur-